

Llamado la gente y diósele de nombre...
Quedaron solos Xayda, Fatima y el niño...
Fatima había mandado llevar á la cabaña...
Xayda Fatima dejó en ella dos aventureros...
guardaron y seguían de los otros y acompañada...
luego que llevaba cubierto el rostro con un...
la marcha á puercas del sol y por caminos...
Bérgos, dejando á la izquierda á Fatima...

FIN DE LA PRIMERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO.

EL APARECIDO.

El mundo era en el año de 1231 de Cristo...
Blanca de Castilla...
y á ella se dio el nombre de Blanca...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...
de Castilla...

EL APARECIDO

LIBRO SEGUNDO

Estamos en el mes de mayo de 1298, y én una cámara del Alcázar Viejo de Valladolid.

Antes de hablar de esta cámara, y de lo que en ella habia y sucedia, ocupémonos del alcázar que ya no existe.

Estaba situado este sobre la orilla derecha del Esgueva, antes de su afluencia en el Pisuerga, y se componia de dos grandes patios con sus edificios, contenidos por un fuerte muro cuadrangular, apoyado en cinco torres por cada uno de sus frentes.

Unido á este alcázar por un lienzo de muralla que estaba al Oriente, habia otro pequeño recinto torreado, que se llamaba el Alcazarejo, y que venia á ser la ciudadela ó alcazaba, como entonces se decia, del Alcázar Real.

Apoyábase este de la una parte en la Abadía de San Benito, que aún existe, mientras que el Alcázar y el Alcazarejo han desaparecido sin dejar vestigio alguno.

CAPITULO PRIMERO.

VALLADOLID LA VIEJA.

Corria el muro del Alcázar por la orilla del Esgueva desde la Abadía de San Benito hasta el sitio que aun hoy se llama la Rinconada, continuaba hácia la Puerta de Hierro, seguia hasta la capilla de Nuestra Señora, y de allí hasta el Alcazarejo, terminando de nuevo en la Abadía.

Tanto los muros como las cinco torres en que cada lienzo se apoyaba, estaban orlados de puntiagudas almenas reales; y los matacanes, las galerías, los ajimeces, toda la ornamentacion en fin del exterior, pertenecia á ese bravo género de arquitectura, que es la transicion del bizantino al gótico primitivo.

Una honda cava ó fosa con barbacana y estacada corria por tres de los lados del alcázar, empezando y terminando en el Esgueva, que venia á determinar el foso por el lado del Norte.

La puerta principal estaba situada entre el Alcazarejo y la Abadía, y la formaban dos fuertes torres redondas, entre las cuales se veia un grande arco, y bajo él otro arco mas pequeño con puerta redoblada de hierro, rastrillo y puente levadizo.

El espacio que quedaba entre el arco mayor y el muro reentrante donde estaba el arco menor, constituia una especie de patio estrecho, de abertura, que servia de matacan, esto es, un vano, por donde se podian arrojar maderos, piedras, sustancias inflamadas sobre los que pretendiesen forzar la puerta.

Sobre el grande arco corria una bellísima y esbelta galería, y entre los intercolumnios de esta se veian las estátuas de los reyes Recaredo y Wamba, y entre estas, en otro intercolumnio, la de San Hermenegildo.

Este arco, la galería, el friso que continuaba alrededor de las torres, y las almenas, todo estaba ornamentado, labrado, calado, afiligranado, determinando un conjunto encantador, un efecto *sui generis*, del que solo puede formarse idea recordando el frontispicio de la catedral de Toledo.

En el muro reentrante que enlazaba las dos torres, se veian dos ajimeces bajo un arco sobrepuesto, tambien profusamente ornamentado; y entre estos dos ajimeces, sobre una bellísima repisa, bajo un lujosísimo doselete, una estátua de Nuestra Señora con el Niño Jesus en los brazos.

A los dos lados de esta imágen, sobre repisas y bajo doseletes, resaltaban los escusones de Castilla y de Leon, sostenidos por pequeños dragantes.

Bajo esta ornamentacion, en fin, se veia la graciosa ogiva abocinada, ajunquillada, caprichosamente labrada del pequeño arco que constituia la entrada; pero no tan pequeño que no pudiese pasar francamente por él un hombre de armas con la lanza alta.

Este pórtico torreado se apoyaba en dos ásperos y fuertes lienzos de muralla, terminando en dos torres.

La que miraba al Norte sobre el Esgueva era gigantesca, ornamentada con matacanes y nidos de golondrinas ó cubos colgantes, que hacian que la parte superior de la torre tuviese el aspecto de una rica diadema.

Esta torre era la del Homenaje y dominaba el alcázar y el Alcazarejo, correspondiendo por la parte de adentro al gran patio de honor, sustentado por gigantescas arcadas góticas de lujosa labor.

III

El alcázar mayor, el Alcazarejo y la Abadía de San Benito, constituian lo que podia llamarse la parte fuerte del Valladolid de entonces.

II

Otro patio al interior, rudo y sin ornamentacion alguna, contenia las bodegas y los graneros, donde el rey guardaba sus tercias.

Los departamentos del patio de Honor eran lo que podia llamarse la casa del rey, que correspondia á la torre del Homenaje, y aparte de los dos lienzos de muralla que en esta torre se apoyaban; esto es, la gran cámara del Trono que ocupaba todo el espacio de la torre, las cámaras del rey y de la reina con sus dependencias, las habitaciones de los infantes y las de la servidumbre del interior.

A la parte de Occidente estaba la Capilla Real, hermoso templo, con la advocacion de San Ildefonso, las estancias de los

capellanes reales, y por último, alrededor del patio, las de los altos funcionarios de la corte.

En el piso bajo estaban las caballerizas, la armería y las habitaciones de la baja servidumbre, inclusa una gran cuadra donde habitaban los soldados de la guardia inmediata del rey, ó ballesteros hidalgos de maza.

El Alcazarejo era una fortaleza ruda, maciza, que no contenía dentro de sí mas que las habitaciones del alcaide, las caballerizas, la armería y las cuadras de los hombres de armas.

El patio era una especie de arsenal en que se veían los que entonces se llamaban ingenios de guerra, esto es, arietes, catapultas, balistas y escalas de todas dimensiones.

Aquello era, como si dijéramos, el tren de batir rudo, pesado é insuficiente de aquel tiempo en que aún no se habia aplicado la pólvora á la guerra.

III.

El alcázar mayor, el Alcazarejo y la Abadía de San Benito, constituían lo que podia llamarse la parte fuerte del Valladolid de entonces.

Digamos lo que entonces era Valladolid.

Su periferia, bastante mas reducida que la de hoy, estaba contenida por una muralla que partía del alcázar, seguía hasta la puerta de Nuestra Señora, llamada despues de los Aguadores ó postigo del Río, continuaba por delante de los Arcos de Benavente hasta el Pisuerga y Puente Mayor, en cuyo centro se alzaba una torre fortísima para defensa de la puerta llamada del Puente; seguía el muro por detrás de la iglesia de San Nicolás y Rondilla de Santa Teresa, internándose en la huerta de los Dominicos de San Pablo, y de allí se prolongaba hasta la puerta de San Benito, á la que se habia dado tal nombre por su proximidad á San Benito el Viejo: torcia despues la muralla hácia las Cuatro Calles, se prolongaba hácia el lugar donde hoy

está la Audiencia, frente á San Pedro, y de allí partía á la puerta del mismo nombre, llegaba á la antigua Cruz del Prado y puerta de San Martin, y sobre el Esgueva iba á la ermita de la Magdalena, dejando fuera de la poblacion el monasterio de las Huelgas; desde allí, cortando lo que hoy es huerta del antedicho monasterio, y cruzando la calle Real de Burgos, llegaba á la puerta de San Juan Bautista, que estaba situada en el centro de laplazuela de este nombre, seguía á espaldas del convento de la Merced por la calle Real á la de Herradores, á cuyo fin estaba la puerta de Santistéban protegida por un fuerte castillo con foso y barbacana: de allí iba el muro á la Ronda de San Anton y puerta de Teresa Gil; continuaba hasta el Esgueva, y marchaba paralelamente á este rio hasta la puerta del Campo, hoy Arco de Santiago, cortaba la Ronda de San Lorenzo, dejando dentro de sí la ermita de este santo, seguía hasta el postigo de San Llorente, y por el puentecillo de la Cárcel de la ciudad, llegaba á la puerta de Aguadores, pasando por el Espolon y uniéndose á la Abadía de San Benito.

IV.

Este nuevo recinto, que se terminó en el reinado de Sancho IV, habia dejado dentro de sí gran número de edificios notables que estaban antes extramuros, de tal manera, que además de las iglesias de San Julian y San Pelayo, Nuestra Señora de la Antigua, Santa María la Mayor y San Nicolás, que existieron ya en tiempo del conde don Pero Ansurez, se habia edificado la de San Miguel, y con el ensanche dado á la villa, quedaron dentro de su recinto las ermitas de San Lorenzo, Santiago, el Salvador, San Estéban, la Magdalena, San Martin, San Benito el Viejo y los monasterios de Templarios, San Francisco de Asís y padres dominicos de San Pablo.

Todavía quedaron fuera de la poblacion las ermitas de San

Andrés, la de San Juan Bautista, que era la iglesia de los Templarios, la de Nuestra Señora de la Peña de Francia, la de San Pedro, y los monasterios de Santa Clara, Santa María la Real (Huelgas), y San Quirce que, con el nombre de Santa María de las Dueñas, existía en esta época fuera del Puente Mayor.

La mayor parte de estos santuarios fueron convirtiéndose con el aumento de la población en parroquias, tales como hoy existen, reconstruyéndose y trasformándose en iglesias bastantes para contener á un crecido número de fieles.

Desde el momento en que los reyes de Castilla habían considerado como su córte predilecta á Valladolid, esta población había adquirido una grande importancia.

Sancho el Bravo había fundado en ella una Universidad: el municipio había dado un grande impulso á los antiguos hospitales de Todos los Santos, de Santa María, hoy de Esgueva, fundados por el conde don Pero Ansurez y por doña Elo su mujer, al fundado en la calle de los Herradores por don Pedro Miago, mayordomo de la casa de dichos condes, al de la Corredera de San Pablo, al de San Pedro Mártir, al de don Nuño Perez, y al de San Bartolomé, que estaba fuera de la población, en el sitio que ocupó el convento de este nombre.

Las largas permanencias de la córte en Valladolid habían aumentado la población de esta villa y dádola ese carácter heterogéneo de todas las córtes, cuya población puede decirse que es de aluvion.

El estado de guerra continua en que entonces se encontraba

Castilla, había hecho que Sancho IV fortaleciese su córte con un fuerte muro y la ensanchase.

Las escuelas de la Universidad habían traído de todas partes estudiantes.

Los grandes señores que tan pronto se adherían al rey como se separaban de él convirtiéndose de amigos en enemigos, habían aportado á Valladolid cohortes de aventureros, muchos de los cuales, encontrando acomodo en la población, se establecían en ella bastardeando con sus licenciosas costumbres las antiguas y sencillas costumbres de la villa.

Crecían los monasterios con las donaciones de príncipes y magnates, y aun con las limosnas de los vecinos, y la caridad de los frailes había atraído sobre Valladolid una nube de hampones.

En aquellos tiempos todo era rudo: la civilización no había aportado á las poblaciones las comodidades de hoy; el gobierno no había pensado en la policía ni en los serenos, ni en las autoridades callejeras que acuden hoy, si no á evitar una desgracia, á recoger á un muerto y á perseguir al homicida.

Entonces vivía cada cual por sus propios puños y por sus propios recursos.

Las calles no estaban empedradas, ni había alcantarillas, ni alumbrado público, supliendo en algunos lugares esta falta las candelillas de los nichos en que la devoción de los vecinos había puesto una santa imágen.

Fuera de estos lugares, las tinieblas eran densas, escepto en las noches en que la luna se encargaba de alumbrar gratis.

Las calles, si no todas, la mayor parte de ellas, se cerraban con cadenas; pero este era pequeño inconveniente para la gente maleante, que por debajo de las cadenas se escurría.

El estudiante hampon, el aventurero, el licencioso, rondaban de noche por Valladolid en busca de malos hechos, que no eran todos del mismo género; porque si los unos iban á robar el sosiego y el honor de las familias enamorando de mala fé á doncellas y casadas, los otros iban á desbalijar á estos ladrones de honra, que generalmente iban provistos de dinero.

No había, pues, seguridad de noche en cuanto cerraban las tinieblas en las calles de Valladolid, por más que los merinos rondasen con sus alguaciles, que eran evitados por la gente de mala vida.

Los conspiradores se agitaban también entre las tinieblas, de manera que tal y cual señor que de día pasaban el uno junto al otro sin saludarse y al parecer enemistados, juntábanse de noche en algún cementerio, amparándose de la quietud y el olvido de las tumbas para conspirar de mancomun y sin ser sentidos, contra el rey.

Valladolid hervía de día en gente; de noche se arrastraban por él entre las sombras reptiles.

Las costumbres se habían corrompido, había crecido el lujo, corría el dinero, y sin embargo el malestar era amenazador, todo andaba en desgobierno, todo revuelto, y los que sufrían no sabían á qué achacar el mal que les aquejaba.

Decíase por todos:

—¿Cómo es que viéndose por todas partes tanto boato, tanta tela de oro, tanto caballo empenachado y ricamente encubertado, tanta gente que se divierte y gasta, los mercaderes no venden ni los jornaleros trabajan y todo el mundo se queja?

Esto verdaderamente no podía explicarse sino por aquello de que no tenían dinero más que los que manejaban la cosa pública, que eran los bastantes para constituir aquella lujosa comarsa que determinaba el aparato de la corte.

Los campos estaban yermos, los cereales caros, el pueblo hambriento y desesperado, devorado por esas eternas sanguijuelas de los Estados que viven á costa de la sangre de los pueblos, que se van quedando escuálidos.

Valladolid, pues, tenía en 1298 un aspecto singular, heterogéneo, discordante: de una parte lujo, ostentación, fiestas; de

otra, miseria, sufrimientos, desesperación; un número inmenso de traidores y otro número mucho mayor de gentes de mal vivir dentro de sus muros, y por base de todo esto, un pueblo que agonizaba, que veía con cólera los saraos y las justas y las fiestas de los poderosos, y que volvía anhelante su vista á su reina, á su buena reina doña María, buscando en ella el remedio de sus males.

¿Pero qué podía hacer la reina, si era una mártir á la par que su pueblo, si por todas partes adonde volviese los ojos para buscar hombres que la ayudasen en el gobierno, no encontraba más que miserables y traidores, siempre insaciables de oro y mando?

VIII.

Valladolid, pues, era una especie de campo de batalla donde se debatían ambiciones, donde se agitaban intrigas, donde se temía á cada momento una rebeldía armada, donde todos se preguntaban dudando: ¿Qué sucederá mañana? ¿Qué será de nosotros?

Y luego la carestía; y la peste negra vagando alrededor de Valladolid.